

EL MONITOR DE LA CAMPANA.

OFICINA DE LA
REDACCION:
PLAZA
DE LA
"CONCORDIA".
Editor i
Administrador:
MANUEL CRUZ.
—1872—

APARECE
TODOS LOS
LUNES.
—
SUSCRICION:
10 pesos
or mos
ANTICIPADOS.

PUBLICA GRATUITAMENTE TODO
ASUNTO DE INTERES GENERAL
Y NO ADMITE PERSONALIDADES.

ORGANO DE LOS INTERESES RURALES.

SE RECIBEN LAS CORRESPONDENCIAS
HASTA EL MIÉRCOLES Y LOS AVISOS
HASTA EL VIERNES A LA TARDE.

EL MONITOR DE LA CAMPANA
E. DE LA CRUZ, 3 DE JUNIO DE 1872.

Procedimientos de Justicia en lo criminal.

Cuando se comete un crimen en nuestra campaña, si se logra capturar el criminal, lo que pocas veces sucede, el Juez de Paz—un ciudadano honrado pero que entiendo de formalidades de la Justicia, generalmente, como entiendo quien ha dedicado su tiempo y sus estudios a la industria rural ó otro oficio; porque la cuestion, para el Gobierno que lo nombra, no es encontrar quien entienda de justicia, sino quien quiera desempeñar gratuitamente todos los ramos del servicio público—procede al interrogatorio del criminal y a la audicion de los testigos a puertas cerradas y redacta la sumaria de la causa.

Si el criminal pertenece a una familia acomodada, el Juez de Paz, ó su escribiente, ha dado la seguridad a los varios miembros que han venido hablarles que la sumaria iba completamente a favor del acusado. Lo mismo sucede cuando una madre ó un padre anciano y respetable se ha acercado; ó cuando en otra época el acusado ha servido con puntualidad en el establecimiento del Juez de Paz ó de los de su familia ó de sus amigos, que vienen a certificar el hecho a ruego de la familia del delincuente. Lo mismo sucede a veces si es un temible bandido, cuyo castigo el Juez de Paz anterior ha dejado a su sucesor, reflexio-

nando que al fin del año iba a dejar su puesto y encontrarse con un enemigo peligroso, sin mas resguardo que la policia del partido que conoce por haberla dirigido, y la accion de la justicia de Buenos Aires que ha tenido ocasiones de conocer en el ejercicio de sus funciones.

Admitiendo que la casualidad haya querido que el Juez de Paz sea un individuo dotado de esas virtudes contra naturaleza, que Chateaubriant aconseja no pedir a la muchedumbre, el criminal y la sumaria imparcial, pero redacta a puertas cerradas, marchan a Buenos Aires a depositarse en esa carcel que nos han dado a conocer varias notas del ex-Presidente de la Municipalidad de la capital, Dr. Esteves Segui. Si no es completamente perdido, acaba de perderse en esa abominable mansion del crimen y de rebelarse para siempre contra la sociedad que pone a sus miembros acusados, pero no condenados, en tan inhumano recinto.

El criminal yace allí los meses, los años, sin que se sepa nada de él: el mismo silencio, el mismo misterio, la misma noche que han presidido a la instruccion de la sumaria, preside al juicio. El acusado, un bandido a veces, vuelve a aparecer en su partido sin que se sepa si es en virtud de un juicio, de influencias ó de una evasion.

Se le vé aparecer, y el pueblo que nada ha sabido ni de la sumaria, ni del juicio, se dice, con su buen sentido práctico, que es prudente con toda esa

noche, ese misterio y esa impunidad callar y soportar un daño ó una ofensa sin quejarse, mas bien que hacerse de un enemigo que vuelve pronto y puede satisfacer su venganza con toda impunidad.

Hé ahí el cuadro de los procedimientos de la justicia en lo criminal en nuestra provincia, con excepcion de las cuatro leguas cuadradas a donde está edificada Buenos Aires.

En cuanto a silencio y misterio, deja atras los procedimientos de la Inquisicion, de siniestra memoria; en cuanto a garantías y eficacia, es inferior al talion de los Turcos, al juicio público y sobre tablas de los ancianos de la tribu Árabe.

Mientras administramos de ese modo la ley del mundo moral—La ley del mundo físico, dice Victor Hugo, es el equilibrio; la ley del mundo moral es la justicia—Veamos como administran la justicia Norte América, el santuario de la Democracia; Inglaterra, la tierra de la Aristocracia y Francia la hornalla ardiente de todas las opiniones, de todos los sistemas.

Los debates de la policia correccional, de la justicia de Paz y de la justicia en lo criminal son públicos en Norte América, en Inglaterra en Francia etc.

Esas tres grandes naciones han adoptado el juri para los reos de la justicia en lo criminal, admirable institucion que se debe a la Inglaterra. Las sesiones de una corte de Asise se pasan del mismo modo en Norte América, en Inglaterra y en Francia, con la ligera diferen-

cia que les imprime el carácter nacional. Las de Norte América son mas bulliciosas, la excisiva libertad les hace perder a veces algo de su dignidad; las de Inglaterra son mas austeras; las de Francia mas solemnes. Entre las formas de la Justicia en Inglaterra y en Francia se nota la misma diferencia que entre las formas del culto; la misma diferencia que existe entre las ceremonias del Protestantismo mas austeras, mas sencillas, y las ceremonias del Catolicismo mas magestuosas, mas imponentes.

Notamos tambien q' entre las dos naciones Anglo-Sajonas y la nacion Latina hay esa diferencia: Inglaterra y Norte América exigen para la condenacion la unanimidad de votos del juri, Francia, mas lógica, admite para la justicia, como para lo demas, la ley fundamental de la Democracia: la mayoría.

Todos los hombres de cierta edad que saben leer y escribir y no tiene condenaciones judiciales, componen el juri de un Departamento. Ese servicio es obligatorio; se tira a la suerte y, despues de concluida la sesion, el nombre de los salientes no vuelve a entrar en la urna sino años despues, calculados sobre el número de las sesiones y el de los jurados del Departamento.

Las sesiones de la corte de Asises tienen lugar cada mes en la ciudad cabeza del Departamento y, como duran unos 15 dias, puede decirse que los acusados no llevan mas de 15 dias de prision preventiva. La carcel que los recibe es segura, pero allí están tratados como

FOLLETIN.

PABLO Y VIRGINIA.

POR

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

je, donde pasábamos la mayor parte del día resguardados del calor. Mas cuando el sol se aproximaba al horizonte, sus rayos refractados en los troncos de los árboles, se hacian divergentes entre las sombras de la foresta, en largos manojos luminosos que producian el efecto mas apacible y majestuoso. Algunas veces presentándose su disco entero al extremo de una calle, la hacia parecer toda ella como de fuego. Las hojas de los árboles iluminadas por la parte inferior con sus rayos azafrañados, brillaban a manera del topacio y la esmeralda; y sus pardos y mohosos troncos parecian como convertidos en columnas de un bronce antiguo. Las avecitas retiradas en silencio, debajo de la frondosa hoja, para pasar allí la noche, sorprendidas de volver a ver una segunda aurora, saludaban a la par al astro del día con mil y mil cantares diferentes.

La noche nos sorprendia muy á menudo en estas fiestas campestres; pero la pureza del aire y lo templado del clima, nos permitia dormir en medio del campo, debajo de un árbol, sin el menor recelo de ladrones, ni allí, ni en nuestras casas, á donde volviendo cada uno el día siguiente, las hallaban como las habian dejado. Tal era en aquel tiempo la buena fé que reinaba en esta isla sin comercio, que las puertas de la mayor parte de las casas no se cerraban con llave, y una cerradura era un objeto de curiosidad para muchos criollos.

Pero en el discurso del año habia dias para Pablo y Virginia del mayor regocijo, que eran los del cumpleaños de sus madres. Virginia no dejaba de amasar, y coocer la vispera tortas de flor de harina para las pobres familias de aquellos blancos nacidos en la isla, que no habiendo probado jamas pan europeo, destituídos de todo auxilio por parte de los negros, y reducidos á alimentarse de la yuca en medio de las selvas, no tenian para sobrellevar la miseria, ni la estupidez compañera de la esclavitud, ni el valor que inspira la educacion. Estas tortas eran el unico regalo que la situacion de su familia le permitia hacer á Virginia, pero las repartia con tal agrado, que les andaba un precio y condimento extraordinario. Pa-

blo era el que se encargaba de llevarselas á sus mismas habitaciones; y las pobres familias reconocidas, prometian al tiempo de recibirlas, ir á pasar todo el día siguiente en casa de madama de La Tour y Margarita. Allí era ver llegar una madre con dos ó tres hijos amarillentos, descarnados, y tan tímidos que apenas osaban levantar los ojos. Pero Virginia al punto los colocaba cómodamente, y les servia ciertos refrescos, cuya bondad realzaba ella por alguna circunstancia particular, que en su concepto, acrecentaba su valor, diciéndole: "Este licor lo ha hecho Margarita: este otro mi madre: mi hermano ha cojido por su misma mano esta fruta en la cima de un árbol." Y otras cosas á este modo.

Despues incitaba á Pablo á que les hiciera bailar, y no se apartaba de su lado mientras no los veia satisfechos y contentos. Todo su empeño era que estuvieran alegres con la alegría de su familia, y decia: "No es posible hacer la felicidad propia, si ocurre en la de los demas." Y así, cuando se habia de volver á sus habitaciones, les ofrecia aquel mueble ó muebles á que les habia visto inclinados desde el principio, cubriendo la necesidad de que agradecieran sus dadas, con el pretexto de su singularidad ó estraneza. Si los veia

my andrajosos, escogia algunas de sus ropas viejas, y mandaba á Pablo las fuese á poner secretamente á la puerta de sus casas, con el permiso de su madre. De este modo hacia el bien, á ejemplo de la divinidad, mostrando el beneficio, y ocultado la mano bienhechora.

Vosotros los europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias á la felicidad, no podeis concebir que la naturaleza sea capaz de proporcionar tantas Luces y placeres. Nuestro espíritu caído a una estrecha esfera de conocimientos, toca bien pronto al término de sus gustos artificiales; pero la naturaleza y el corazon son inagotables. Pablo y Virginia no tenían relojes, ni libros de cronología, de historia, ni de filosofía. Los períodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza; conocian las horas del día por la sombra de los árboles: las estaciones por el tiempo en que dan sus flores ó frutos; y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes hacian muy delicioso el modo de expresarse:

"Ya es hora de comer, decia Virginia á los suyos, pues á los bamaos les da la sombra á los pies: se acerca la noche porque los tamarindos cierran sus ojos. ¿Cuándo vendrás á vernos? le preguntaban algunas amigas de las inmediacio-